

PERÍODO CUARTO.

Mision del Cristianismo en la guerra entre el Sacerdocio y el Imperio.

El poder de este pontífice no provino de su genio ni de su carácter, sino del espíritu evangélico que le animaba: por esto no sin gran motivo reivindicaba su honor la Iglesia que le inspiró las grandes ideas por él realizadas. Gregorio quiso sustraer la Iglesia al dominio del imperio, hacer que el espíritu triunfara de la materia, y con objeto de resistir á los emperadores, empezó por reformar el clero, que debía ser el instrumento de su victoria. El poder episcopal se había corrompido en los últimos tiempos á causa de su propia grandeza: los obispos no temían las censuras de los sacerdotes, cuya suerte estaba en sus manos, ni las de los concilios, en donde dominaban, ni la de los papas, cuyo poder era demasiado débil y estaba muy apartado. Así fué que la Iglesia, hallándose en plena anarquía, tuvo que apelar á la dictadura de los papas.

Gregorio VII, sin atacar directamente á los obispos, supo crearles adversarios cuyas virtudes ponían de relieve los vicios de aquellos. Contra la opulenta aristocracia de los obispos, apareció en masa la pobre y democrática milicia de los frailes; en el primer campo se veía la existencia mundana con la libertad del matrimonio y todos los goces del siglo; en el segundo el trabajo, el celibato y las privaciones; el pueblo simpatizó, como era natural, con la Iglesia doliente, compuesta de siervos y de colonos: por este medio el clero regular sirvió de palanca y las masas populares de punto de apoyo para levantar el mundo cristiano.

Los cuerpos monásticos eran otras tantas divisiones destacadas del ejército pontificio, que esparcidas por todas partes obraban sin descanso; y como sus jefes eran nombrados por el papa y residían junto á él, el impulso dado por ellos redundaba en ventaja de la autoridad pontificia. Los frailes, por otra parte, desprendidos de los intereses y afectos de familia por estar consagrados al celibato, no teniendo donde concentrar sus aspiraciones, se identificaban con la órden á que pertenecían, y como no eran padres, ni ciudadanos, ni súbditos, eran exclusivamente frailes. Por último, obligados por su pobreza á captarse el favor del pueblo, la popularidad era una condicion necesaria á su existencia, y les hacía mas útiles para los designios de los papas. Además de estos apoyos en lo moral, el pontificado contaba tambien con fuerzas materiales: las donaciones de Pepino y de Carlo Magno dieron origen al poder temporal de la Iglesia; poder que se había aumentado con la anexión de los Estados de la condesa Matilde á los del papa. Las ciudades próximas á Roma, arruinadas por las continuas guerras,

se habían sometido al poder de los papas, los cuales asociándose á la fortuna de los Normandos, vieron aumentar su autoridad y fortalecerse con las conquistas de sus aliados. Por otra parte los papas, enviando á todas partes legados investidos de su poder, é interviniendo en apelación en todas las cuestiones y abusos, llegaron á dominar todos los intereses sociales.

Gregorio VII, confiando en tales apoyos, puso mano á la grande obra y comunicándose á todos los pueblos de la Cristiandad el ardor de su celo, levantóse un grito inmenso de reprobación contra las licenciosas costumbres del clero: la multitud fué incitada por un sinnúmero de frailes que recorrían la Europa en todas direcciones; en todas partes fueron arrojados de las iglesias los eclesiásticos casados ó amancebados; arrebatáronseles los beneficios; fueron maltratados y aun muertos muchos de ellos, y todos obligados á renunciar á su escandalosa vida, y á tanto llegó el fanatismo de reforma en algunos, que quisieron hacer extensiva aun á los legos la ley del celibato, como si el mundo estuviese ya bastante poblado.

Reformada la milicia de la Iglesia, ya no temió Gregorio el desafiar las pretensiones del imperio. Encontró una obstinada resistencia, pero acabó por triunfar; y no solo fué su triunfo, como suponen muchos, y el de la independencia italiana, amenazada por la usurpación alemana, sino que fué el hombre de Dios abatiendo al hombre del siglo, la ley venciendo á la naturaleza, la fe sujetando el mundo á sus pies. El ascendiente moral adquirido por Gregorio VII se transmitió á sus sucesores Víctor III, Urbano II, Pascual II y Gelasio II, que heredaron su poder y su mismo espíritu, y se gloriaron de seguir sus huellas: el clero por su parte vió con orgullo que su jefe se sobreponía á los emperadores y reyes: y la gloria del papa interesó vivamente á todos sus inferiores, que por medio de la elección popular podían llegar al puesto que él ocupaba.

El derecho de investidura que atribuía al papa la colación de todos los beneficios acumuló en él toda la influencia, compartida anteriormente entre los emperadores, los reyes, los grandes, los obispos y el pueblo; desde entónces pudo el pontificado animar con su espíritu á todo el clero y dominar por medio de este en todo el mundo cristiano. La unidad de la creencia católica, la fuerza moral de la Iglesia y la existencia del clero se hubieran perdido, si Gregorio VII hubiese fracasado en sus proyectos.

PERÍODO QUINTO.

Poder de la Iglesia sobre la sociedad en tiempo de las Cruzadas.

No quedó satisfecho el papa con haber triunfado de las pretensiones del imperio: faltábale vencer al mahometismo y salvar á un mismo

tiempo la independencia política de la Cristianidad y la pureza de la fe católica. Las Cruzadas fueron el desafío de las dos religiones, la lucha de ambos mundos, el cristiano y el mahometano. No debe juzgarse este gran suceso por sus efectos inmediatos, que fueron deplorables, sino por sus resultados ulteriores, que fueron felicísimos. Los ejércitos, que como diques se opusieron al torrente de los Mogoles y de los Sarracenos, fueron, es verdad, engullidos por las olas; pero el torrente fué detenido, tuvo que desviarse de su cauce y se salvó la Europa.

Otro efecto produjeron tambien las Cruzadas, que fué el de ofrecer un pábulo comun á la actividad de los reyes, del clero, de los caballeros y del pueblo; reunir todos los intereses sometiéndolos á uno solo mas grande, que fué el del patriotismo religioso. En medio de los peligros y de los padecimientos comunes, los hombres de todos los países y de todas las condiciones, aprendieron á amarse; porque la desgracia establece un vínculo de fraternidad, y los hombres que juntos anduvieron, combatieron y padecieron, no son extraños unos á otros. El contacto desvaneció el odio entre Cristianos y mahometanos; con el odio desaparecieron las preocupaciones; el Asia y la Europa canjearon ideas, y la guerra volvió á unir lo que la guerra había dividido.

Al impulso de las Cruzadas se debieron el gradual incremento de la industria, la propagación de los conocimientos y el inapreciable beneficio de la emancipación de los siervos y de los municipios.

Hubo en efecto razon en decir, que si bien el pontificado había querido las Cruzadas, no había previsto ni deseado todas sus consecuencias; pero ¿qué importa para la religion el que su acción haya sido comprendida ó no por sus ministros? Bástale el poder comprobar que el Cristianismo en manos de la Providencia fué en todos tiempos la senda, la verdad y la vida de la sociedad.

PERÍODO SEXTO.

Influencia del Cristianismo en la sociedad despues de las Cruzadas.

Los progresos que las Cruzadas proporcionaron á la industria, anduvieron al mismo paso que los de la libertad civil como necesaria consecuencia. La clase média debió su libertad, no á la bondad de su causa, no á la justicia de los reyes, ni á los esfuerzos de su valor, sino al incremento de sus riquezas que le dieron medios para comprarla: siendo deudora de este incremento á la revolucion realizada por la Iglesia. Así fué como las ciudades de Italia, enriquecidas por el tránsito de los muchos cruzados, se valieron de su opulencia para comprar su libertad á los emperadores; así tambien muchos que eran siervos en Francia y en Inglaterra, se

aprovecharon de la necesidad de dinero de los señores que se cruzaban, para sustraerse á su dominio. Muchos monasterios que se encontraban opulentos, tuvieron facilidad de hacer algunos ensayos agrícolas, mientras otros que eran pobres se cifieron á desmontar terrenos incultos: lo que produjo un aumento de fortuna para los operarios y jornaleros, que les permitió el emanciparse de la esclavitud.

La libertad se adquiría por medio de la riqueza, y la riqueza por medio del trabajo que la religion había honrado, estimulado y prescrito como un deber. La Iglesia misma había consagrado algunas corporaciones industriales que constituyeron un poderosísimo principio de actividad, de riqueza y de fuerza democrática, y no contenta con las innumerables emancipaciones particulares, estimulaba á los reyes y á los grandes á que favoreciesen este principio, como lo muestra la declaración del papa Alejandro III. En las mismas fórmulas de las emancipaciones se aducen siempre razones religiosas, y el verdadero fundador de las libertades públicas en Francia fué el mas generoso de sus reyes, pues que la formación de los municipios y la represión de los abusos judiciales que coartaban la libertad individual, se remontan al reinado de San Luis. En Inglaterra, el heroísmo de los obispos y el martirio de Tomas Becket aligeró el yugo impuesto á los Sajones; un parlamento compuesto de obispos arrancó la Carta Magna al rey Juan Sintierra, y cuando en Alemania los Estados del imperio admitieron en su gremio á los diputados de las ciudades inmediatas, la mayor parte de estos eran obispos. En una época en que el Cristianismo tenía tanta fuerza, no podían ménos de fructificar las máximas de la Iglesia, respecto á la igualdad de los hombres ante Dios y á la necesidad de la penitencia: en medio de los triunfos militares y de las grandes calamidades, junto al lecho de los moribundos, al pié del altar, su voz, que dirigía siempre alguna petición á los grandes, llegaba por fin á ser oída, y cada uno de sus triunfos era una nueva ventaja para la libertad.

En ningun país se establecieron los municipios antes que en los Estados Pontificios. La Italia Superior, ocupada, ya por los Hérulos, ya por los Ostrogodos, por los Longobardos ó por los Alemanes, estuvo siempre sujeta; la Inferior, ocupada primero por los Griegos, y despues por los Sarracenos y los Normandos, y sometida por último á la supremacía de los papas, no obtuvo de estos otra cosa mas que las franquicias municipales; y las primeras repúblicas de los tiempos medios, esto es, las de Nápoles, Gaeta, Amalfi, Pisa, Florencia, Venecia y Génova, se establecieron justamente en los países en que influía la corte de Roma. La emancipación de las municipalidades en España comenzó en tiempo de la Cruzada religiosa emprendida contra los Moros

A las inspiraciones de la religion y á los preceptos del Evangelio añadió la Iglesia la auto-

ridad de su ejemplo; pues que bien podia ser considerada como una leccion de libertad la constitucion de la misma Iglesia, que aplicaba el gran principio de la eleccion popular al nombramiento de todas sus dignidades, que basaba en la moral los principios del derecho canónico, y cuyos concilios eran en el mundo cristiano un verdadero gobierno representativo.

La emancipacion intelectual, origen de la civil, tambien es obra del Cristianismo.

PERÍODO SÉTIMO.

Movimiento intelectual comunicado á la Europa por el Cristianismo en los siglos XIII y XIV.

El sagrado depósito de los conocimientos humanos se conservaba en los monasterios. Sus escuelas los trasmitian de una á otra edad, los misioneros los propagaban de uno á otro país. La Iglesia habia fundado, dotado ó fomentado la mayor parte de las mas célebres universidades, como la de Paris, donde enseñó Abelardo y de donde salieron Budeo y Casabon; las de Cambridge y de Oxford, donde se formaron Moro, Bacon y Newton; las de Glasgow y de Edimburgo en Escocia; las de Jena, Leipsick y Turingia en Alemania; las de Leiden, Utrecht y Lovaina en los Países Bajos; la de Upsal en Suecia, y la de Salamanca en España.

Y si el espíritu que animaba á la Iglesia le inspiraba el deseo de ilustrar á los hombres, su poderosa y excelente constitucion le proporcionaba los medios de realizarlo. Su cabeza se comunicaba con todos los Estados de la Cristiandad por medio de los nuncios apostólicos, de los misioneros y de los religiosos mendicantes, como tambien por el ejercicio de la jurisdiccion en las apelaciones, por la convocacion y la presidencia de los congresos de obispos: su idioma era comprendido en toda la Cristiandad; en todas las iglesias estaba la tribuna para el jefe supremo. Por esto al levantar su voz en el mundo cristiano, estimulando al cultivo de las letras y de las ciencias, comunicó un movimiento general á todas las mentes. Los papas apoyaron sus reiteradas exhortaciones en la autoridad de su ejemplo; pues que en su corte encontraron descanso y honores los hombres científicos y literatos; la Iglesia Romana volvió á abrir á los proscritos del mundo literario el antiguo asilo de Rómulo, y el Capitolio renovó la pompa de los antiguos triunfos. Por las glorias del genio la Italia volvió á ser la patria del pensamiento; por la gloria literaria conquistó la ciudad eterna su perdido título de reina del mundo, y Leon X dió su nombre al siglo de su pontificado.

Unieronse á los papas á manera de auxiliares los hombres que los rodeaban; de modo que los cardenales empleaban grandes riquezas en comprar manuscritos, en las reimpresiones de

obras clásicas, y las grandes familias de Roma y de la Italia adornaban sus palacios con las mas preciadas obras de arte que podian adquirir. La Iglesia puede, pues, atribuirse el honor de los homenajes tributados al Dante, á Petrarca, á Trissino, á Bramante, á Rafael, á Miguel Ángel, á Vinci, á Peco, á Maquiavelo, á Pablo Giovio, cuyos genios estimuló tan eficazmente.

El movimiento comunicado por la Iglesia á Italia se propagó á Francia cuando llegó á ser residencia de los papas, y á España é Inglaterra, que seguian el ejemplo de la Francia, y finalmente á la Alemania. Los sabios de la época se correspondian unos con otros en todos los puntos de Europa, y esta circunstancia vino á constituir la república de las letras, que imitando la de la Iglesia, se declaró indivisible y universal.

El objeto de sus estudios fué principalmente y durante un largo periodo la teología, y era natural que las nuevas masas nacidas dentro del gremio de la Iglesia hablasen el idioma de su madre, lo cual es otra prueba de su origen cristiano; pero al reaparecer en el horizonte la luz del mundo intelectual, continuando sin interrupcion su luminosa carrera, fué repartiendo poco á poco el calor por todas partes y acabó por fecundar todo el dominio del pensamiento. Por esto sucedieron á la argumentacion escolástica la erudicion clásica y á los eruditos los poetas; despues aparecieron los filósofos y á estos siguieron los conocedores de la ciencia exacta y positiva. Bien puede ser que las circunstancias locales contribuyeran á los progresos de las letras en Francia en tiempo de Francisco I y en Inglaterra en tiempo de Isabel; pero lo cierto es que el principio de aquellos felices resultados estaba en el Cristianismo y en la Iglesia: en sus altares y por cuidado de sus ministros se conservaba el fuego sagrado, y si bien alguna vez brilló este fuego con mas viva luz en otro punto, la Italia tenia derecho de gloriarse de los rayos de una luz que de ella irradiaba.

La influencia de la religion en las ciencias no fué menor que en las letras: admirase el genio del Cristianismo en Copérnico, Galileo, Kleper, Boerhaave, Sydenham y Euler; la religion dió sus mas bellas inspiraciones á Bacon, Pascal, Locke, Descartes, Malebranche y Leibnitz: al monje Rogelio Bacon se debió el invento de la pólvora, el de la brújula al diácono Flavio Gioja y el de los relojes al papa Silvestre II; hombres estimulados por el deseo de propagar la fe cristiana, inventaron la imprenta y descubrieron la América, y de sus resultas se renovó la faz de la tierra. Véase cuán errados andan los que quieren atribuir á la Reforma el grande impulso del espíritu humano, pues que ya se dejaba sentir ántes y continuó aun en los países donde no hizo progresos la Reforma.

Cuando la laboriosidad del espíritu humano estaba excitada por tantos objetos, el descubrimiento de la pólvora variaba el arte de la guerra;

el de la brújula variaba el arte de la navegacion; los de las Indias y de la América variaban la direccion del comercio, y el de la imprenta comunicaba un vivo impulso á las letras y á las ciencias; en aquella época de fermentacion, ó mejor dicho de revolucion intelectual, no era nada difícil que el movimiento general conmoviese tambien las creencias religiosas y fuese su consecuencia la debilitacion del gran principio de la unidad social sostenido por aquellas creencias.

PERIODO OCTAVO.

Influencia del Cristianismo en tiempo de la Reforma.

El Catolicismo tiene la gloria de haber salvado el principio de la vida humanitaria, oponiendo á la anarquía de las opiniones desidentes la inmutable estabilidad de su fe, de su constitucion y jerarquía. En medio de las tempestades de la Reforma y cuando los entendimientos flotaban á merced del viento de la doctrina, la nave de la Iglesia aferrada con el áncora de la mano de Dios, fué como un faro en medio de las tinieblas y ofreció asilo á los naufragos.

Cuando los viajes de Colon, de Gama y de Albuquerque hubieron ensanchado los confines del mundo, los hombres que por curiosidad ó por ambicion se sintieron impulsados á seguir sus huellas, abandonaron el centro comun, recorriendo un espacio mayor y entregándose enteramente á pensar en intereses nuevos. Á medida que ensanchaba el mundo intelectual por medio de nuevos conocimientos, los sabios, seducidos por el ejemplo de los reformadores, abandonaban las creencias antiguas por otras nuevas, hasta que por último los lazos morales de la humanidad fueron relajándose con la corrupcion que creciendo de día en día llegó á invadir la Iglesia y el clero. Estaba reservado para el Catolicismo el reanudar el vínculo social, que tantas causas contribuían á romper.

La Roma cristiana, dice Chateaubriand, fué para el mundo moderno lo que la Roma pagana para el antiguo, es decir, el vínculo comun de las naciones. Cuando las ideas se confundian, se trasformaban los intereses, se formaba el mundo moderno sobre las ruinas del antiguo, y la herejía se arrojaba contra una religion poco comprendida por unos, insultada por otros y mal practicada por todos, entónces se manifestó en toda su energía la fuerza de cohesion social de que Dios habia dotado al Catolicismo.

En tiempo del concilio de Trento el ejército cristiano, aunque disminuido en número, purificado como el de Gedeon, dió pruebas de mayor valentía, levantó á mayor altura y sostuvo con mas firmeza que en ningun otro tiempo el sagrado estandarte á cuyo alrededor debía agru-

parse la gran familia humana, al paso que la Reforma por el contrario, carecia de unidad en los principios y de estabilidad en las doctrinas; no tuvo constitucion, ni jerarquía, ni orden ó disciplina, ni lazos de union para los hombres; de manera que fué verdaderamente la negacion de la religion, porque la naturaleza de esta es ligar. No fué por tanto la Reforma una era de libertad religiosa, como pretendieron algunos, sino una época deplorable de insurreccion intelectual, en la que la ley que hasta entónces habia regido en la Iglesia fué abandonada á la interpretacion de los juicios individuales, y la herejía separó lo que el Cristianismo habia unido.

Y como la ley religiosa da fuerza á la política, lo que era un principio de discordia religiosa llegó á serlo de disolucion social. El creyente, erigido en único juez de su propia fe, dejó de consultar á los pastores, cuya dependencia ya no reconocia, cesó de recurrir á las ajenas luces, confiando exclusivamente en las propias y en la exaltacion de su orgullo que todo lo abarcaba, aprendió á sacudir el yugo de toda autoridad. En la Iglesia Católica la fe ha llegado á ser tan sólida y fácil porque en ella la autoridad ademas de ser única es visible; el espíritu divino se encarna en cierto modo en la persona del vicario de Jesucristo; cosa imposible á la asamblea de los reformados, porque en esta la voz de los pastores no es deliberativa sino simplemente consultiva, no puede tener por regla símbolo alguno de fe, ántes una confesion de fe es contraria al principio de la Reforma. Así se explican las numerosas Iglesias reformadas diferentes unas de otras, así la confusion de sus sistemas de teología, de filosofía y de legislacion: porque una vez alteradas las creencias acerca de un punto cualquiera, la duda se extiende á todos los demas, y la mano que agita la columna de la Iglesia, hace bambolear tambien el edificio social que sobre ella descansa. Toda union entre los hombres que no tiene mas lazo que el del interes y las simpatías, no es mas que union local y pasajera; porque el interes cambia y las simpatías son ciegas: mientras que las creencias ademas de ser mas estables los enlazan con mayor fuerza aunque se encuentren á grandes distancias unos de otros: la verdadera sociedad es la sociedad espiritual.

No pretendemos decir con esto que las Iglesias reformadas no encierran algun principio de vitalidad social; porque el Cristianismo de estas Iglesias, aunque imperfecto, las anima sin embargo con un espíritu de caridad que es un medio muy eficaz de fraternidad, y si á la enérgica vitalidad del Catolicismo está reservada la gloria de assimilar á todo el género humano, deben participar necesariamente de esta influencia las comuniones que tienen con aquel algun punto de semejanza. Pero, creemos sí, que la Reforma, que varió frecuentemente y sobre todos los puntos, dividió sin duda los ánimos y